

Nombre y Apellido: Fernando Castillo

E-mail: ferredbo@yahoo.com.ar

Institución a la que pertenece: UNJU

Área de Interés: Comunicación y espacio urbano, comunicación e historia

Título del trabajo: EL JUJEÑAZO. LAS DIMENSIONES DISCURSIVAS Y ESPACIALES DE UNA PROTESTA EN SAN SALVADOR DE JUJUY EN 1971.

Palabras claves (3 - tres): protesta-espacio público-contienda

INTRODUCCIÓN¹

El jujeñazo constituyó un levantamiento popular que se llevó a cabo en la ciudad de San Salvador de Jujuy, provincia de Jujuy, el 21 de abril de 1971. Abrevó fundamentalmente en las circunstancias políticas que atravesaba la Argentina y en las particularidades de la provincia de Jujuy. Al margen de las condiciones económicas de esta etapa, caracterizadas por la caída del salario real y la continuidad inflacionaria, el jujeñazo se inscribió en el linaje de las protestas obreras desarrolladas por los gremios combativos jujeños desde la presidencia de facto de Juan Carlos Onganía.

El gobierno de Onganía se instauró a partir del golpe de estado que derrocó al presidente Arturo Illia, en 1966.

La llamada Revolución Argentina, encabezada por el general Onganía, fue un ensayo corporativo, que había previsto tres tiempos “revolucionarios”: el económico, el social y recién –lejano– el político, suspendiendo así toda organización y actividad partidaria.²

Primariamente, dentro de un amplio juego de medidas de corte económico, social y político, el gobierno de Onganía “prohibió los partidos políticos y toda actividad política”.³ A la proscripción del partido peronista se le agregó la clausura de las prácticas del conjunto de las instituciones y formaciones políticas. Como asevera Rock, el de Onganía “era un régimen de línea dura dispuesto a recurrir inmediatamente a la fuerza para reprimir todas las instituciones rivales.”⁴

El dispositivo del gobierno militar, el programa de anulación de la actividad política, desbordó el mandato de Onganía y fue reproducido durante el breve interludio presidencial de Roberto Levingston e, inmediatamente, en el régimen de Alejandro

Lanusse. El pasaje de Onganía a Lanusse, atravesando el período de Levingston, se caracterizó por la activa participación política, que luego del cordobazo se fue incrementando. Aunque ambos hayan ejecutado prácticas represivas sobre las actividades políticas mediante diferentes mecanismos, lo que diferencia al gobierno de Onganía del de Lanusse (durante cuyo mandato se produjo el jujeñazo) es que el primero tendió a construir un modelo de dominación y el segundo tuvo a cargo la transición de la dictadura a la democracia.

Desde principios de abril de 1971, durante el gobierno de Lanusse, se dio lugar a la restitución de las actividades políticas.⁵ De acuerdo a una resolución del poder ejecutivo nacional, se rehabilitaría “la actividad política en toda la República”.⁶ En el comunicado oficial se consigna una serie de proposiciones en relación al desarrollo de las prácticas políticas, fundamentalmente el retorno a la democracia; sin embargo, el escenario posterior se sostuvo aún en la persistencia de la “ilegalidad” de las protestas obreras, la represión sobre los trabajadores y el aplazamiento de las elecciones democráticas. Este momento operó dentro de la tensión entre las movilizaciones obreras y las acometidas del gobierno como una estrategia del régimen militar, que intentó combinar ordenadamente políticas conciliatorias y represivas. Puede observarse que el gobierno realizó algunas concesiones, como levantar las intervenciones a algunos sindicatos; aunque también es notable que aun liberadas las prácticas políticas, los gremios de raigambre peronista debían todavía depender de la autorización policial para realizar un acto.

El tramo que se inicia con el derrocamiento de Illia y que se extiende hasta el jujeñazo se desarrolló políticamente en base a la dialéctica entre la prohibición de las acciones políticas y las tácticas de los sectores opositores en relación a este cierre.

LA FORMACIÓN DEL CAMPO DE LA PROTESTA⁷

La interdicción sobre las actividades políticas no canceló en absoluto las prácticas militantes de los sectores trabajadores. Aunque la oposición al gobierno militar demandó previamente la reorganización de las agrupaciones sindicales, las acciones gremiales visibles se desarrollaron luego a partir de una fuerte intervención de huelgas y movilizaciones callejeras.

En marzo de 1968, se produjo un congreso normalizador de la CGT, luego de que el gobierno había intervenido a varios sindicatos para neutralizar la lucha de los trabajadores; en ese congreso, los sectores combativos que propiciaban la lucha abierta contra la política económica del gobierno, y por el retorno de Perón a la Argentina, se impusieron a los sindicatos más moderados, liderados por Vandor. El resultado fue que la división de la CGT también se reflejó en la provincia de Jujuy. Los gremios combativos se alinearon en la CGT calle Belgrano (...) Por otro lado estaba la CGT Independencia, que se definía como independiente y se alineaba con los gremios reunidos en la CGT Azopardo.⁸

El quiebre que se produjo sobre el esquema silenciador de la dictadura militar emergió a partir de las protestas y en la serie de levantamientos –como el rosario y el cordobazo– que evidenció que algunos sectores sociales no se ajustaban al modelo político del gobierno castrense, sobre todo los trabajadores alineados en los gremios combativos de la CGT. Estas insurrecciones reinstalaron el conflicto en el espacio público, desafiando las prohibiciones y enfrentando frecuentemente la represión por parte de las fuerzas policiales.

El jujeñazo prorrumpió como una acción política que, como acontecimiento, se encontró imbricada dentro del campo de protesta que se estaba desarrollando a nivel nacional, aunque con particularidades locales. La movilización de los gremios se asentaba en una serie de demandas apuntadas fundamentalmente contra el gobierno de la dictadura militar: la recuperación de los salarios reales, “la liberalización de la actividad política (...) la legalización del peronismo y la vuelta de Perón”.⁹

El campo de la protesta, tanto en la Argentina como en Jujuy, se construyó, desde la irrupción de la dictadura militar, a partir de la tensión entre la prohibición de la acción política pública y la construcción de las acciones de protesta. Al margen de las prohibiciones, los sectores trabajadores participaron de acciones políticas públicas, en general, reprimidas por la policía.

Las luchas de los trabajadores fueron abriendo espacios de acción política, principalmente, fueron recuperados los sindicatos; sin embargo, hacia 1971 los actos sindicales en espacios públicos estaban prohibidos. Sólo se permitió la militancia en ámbitos privados. La interdicción tendió a cerrar absolutamente los canales comunicacionales mediante los cuales se podrían expresar las demandas. La

proscripción de las actividades políticas públicas tendió a limitar las acciones políticas a un estado de latencia.

De acuerdo a Norma Giarraca y Karina Bidaseca, las acciones de protesta se encuentran ligadas a la dinámica de la conflictividad social: “allí deviene campo propicio para la aparición de la protesta”.¹⁰ Giarraca y Bidaseca sostienen, siguiendo a Alberto Melucci, que la protesta no se agota en su aspecto visible, sino que contiene además periodos de latencia.¹¹

Los dos polos que describe Melucci (...) –la *latencia* y la *visibilidad*– se encuentran conectados entre sí dado que la fase latente posibilita la acción visible al brindar recursos de posibilidad y produce el marco cultural dentro del cual surge la movilización. Por su parte, el estado de movilización fortalece las redes y la solidaridad del grupo y funciona como espacio de reclutamiento de otros individuos que se identifican con las consignas del movimiento.¹²

Desde la ruptura en 1968 de la CGT se realizaron en la provincia de Jujuy numerosas acciones de protesta protagonizadas por los sectores sindicales.¹³ La participación de los gremios como protagonistas de las acciones de protesta fue activa, pero como proceso latente se desarrolló el agrupamiento de los colectivos gremiales y, por otro lado, el tejido de redes con sectores sociales no sindicalistas. En una primera instancia, como se afirma anteriormente, hubo una fractura en la CGT que “depuró” a esta institución de los sectores participacionistas –como se designaba a la línea sindical dispuesta a negociar con el régimen militar–.¹⁴ En segundo lugar, algunos dirigentes gremiales decidieron negociar en bloque con el gobierno;

A principios de abril de 1971 “la Asociación de Trabajadores de la Salud (ATSA), la de Educadores Provinciales (ADEP), de trabajadores estatales (ATE), AJEOP [Asociación Jujeña de Empleados y Obreros Provinciales] y el Sindicato de Empleados y Obreros Municipales (SEOM) constituyeron el Frente Unido de Gremios Estatales.”¹⁵

Por otro lado, AJEOP intentó articular una “vía de expresión conjunta de protesta de la sociedad civil”:¹⁶ en 1971 convocaron a diversos actores sociales, como los centros

vecinales, a fin de “formar una Comisión para organizar la resistencia popular contra la carestía”.¹⁷ Ésta se constituyó con el nombre de Comisión de Coordinación de Resistencia a la Carestía de Vida.

Los periodos de latencia permitieron tender y reforzar lazos sociales, tanto hacia dentro del movimiento obrero como hacia el conjunto de los sectores sociales perjudicados por el régimen.

La apertura que generaron los levantamientos previos al jujeñazo favoreció un proceso de paulatina sustitución de los aspectos latentes de la protesta por prácticas de apropiación de la visibilidad en el espacio público. El jujeñazo fue la concentración de la dimensión visible de las fuerzas opositoras, que se fueron gestando lentamente durante años. Este levantamiento no fue simplemente la expresión de un descontento general, como una explosión en base al hartazgo o estados de ánimos caldeados, sino el encuentro profuso en las calles de la ciudad de múltiples demandas que los diversos sujetos colectivos, más o menos dispersos, sostuvieron a partir de canales comunicacionales reinstaurados, aunque fuera fugazmente.

INTERVENCIONES SOBRE LA CIUDAD

La ciudad, afirma de Certeau, se construye a partir del siguiente juego de operaciones:

La producción de un espacio propio: la organización racional de debe por tanto rechazar todas las contaminaciones físicas, mentales o políticas que pudieran comprometerla; la sustitución de las resistencias inasequibles y pertinaces de las tradiciones, con un no tiempo, o sistema sincrónico: estrategias científicas univocas, que son posibles mediante la descarga de todos los datos, deben reemplazar las tácticas de los usuarios (...) En fin, la creación de un sujeto universal y anónimo que es la ciudad misma (...) “La ciudad”, como nombre propio, ofrece de este modo la capacidad de concebir y construir el espacio a partir de un número finito de propiedades estables, aislables y articuladas unas sobre otras.¹⁸

Federico Schuster y Sebastián Pereyra definen la “protesta social” como “los acontecimientos visibles de acción pública contenciosa de un colectivo, orientados al sostenimiento de una demanda”¹⁹ De esta manera las acciones de protesta contienen

como condición de posibilidad la aparición y apropiación de la visibilidad en el espacio público.²⁰

Desde el gobierno de Onganía el cierre que se produjo sobre las acciones políticas fue silenciador, en el sentido de que al prohibir las acciones de protesta deshabilitó por la fuerza los canales comunicacionales entre el estado y los actores políticos.

Las acciones de protesta han contenido una dimensión física que excedía la materialidad de lo discursivo. Esta dimensión se expresó sobre todo en el posicionamiento de los cuerpos de los manifestantes en el espacio público. Aun cuando esta mostración estuviese cargada de sentido y procurase establecer una línea de comunicación hacia el gobierno, los dueños de los medios de producción y la sociedad civil, la manifestación de las demandas guardó un profundo anclaje físico, que se activó en la fricción de los cuerpos y la represión policial. El establecimiento de un “aquí” y un “ahora” de la protesta, como acto enunciativo, estuvo ligado a la presencia del cuerpo en el espacio público. Esa irrupción, que ha favorecido la emergencia del discurso de la protesta en el espacio público, fue lo que el gobierno militar había prohibido.

La prohibición implicó vaciar el espacio público de su dimensión agonial; al restringir la actividad política opositora al ámbito privado se restituía el orden a la ciudad.

La desmovilización de la protesta operó además sobre la dinámica y la construcción discursiva de las ciudades en general. La prohibición de la dictadura tendió a regular los movimientos de los sujetos en cuanto sostuvieran demandas, mientras los flujos se encontraban liberados en tanto los sujetos fueran portadores de fuerza de trabajo o consumidores. Por otro lado, la cancelación de la expresión de demandas intentó ocultar y suprimir el conflicto social; liberada de las luchas, la ciudad podría emerger como un espacio armónico, en el cual los ciudadanos podrían resolver sus diferencias “civilizadamente”.

El retorno de las acciones de protesta a la ciudad implicó la reinstauración de esta última como campo de las contiendas simbólicas y físicas entre el movimiento obrero y los gobiernos militares.

EL JUJEÑAZO²¹

El 21 de abril de 1971, en el marco de una serie de medidas de fuerza adoptadas por los gremios, la Comisión de Coordinación de Resistencia a la Carestía de la Vida convocó a una “manifestación popular contra la carestía”.²² El acto habría de realizarse en el centro

de la ciudad de San Salvador de Jujuy; pero no se llevó a cabo porque la policía reprimió a los manifestantes convocados.

Eran las 19,30 cuando unas doscientas personas habían confluído en las esquinas de Lavalle y Belgrano. El dirigente del peronismo Salvador Medina subió al monolito de la esquina de [la iglesia] San Francisco. Comenzó a decir: “Ésta no es hora de discursos... allí están quienes van a reprimirnos (indicaba a la calle Otero [paralela a calle Lavalle] donde se había apostado una decena de infantes con lanzagases) nosotros les diremos al gobierno...”. Las grandas [de gases lacrimógenos] fueron disparadas desde unos 90 metros.²³

Un vasto grupo de los trabajadores se movilizó en línea recta, por la calle Lavalle y su prolongación, calle Dorrego, desde el centro de la ciudad hacia el área de la terminal de micros. Otros grupos, más reducidos, se dispersaron por diversos puntos del casco céntrico, donde se instalaron focos de enfrentamiento con la policía, principalmente sobre la calle Belgrano. En el trayecto hacia la terminal también se instalaron diversos puntos de combate con la policía. En la medida que los manifestantes retrocedían, intentaron reagruparse, aunque dado el avance de la infantería se fueron replegando hacia el puente Lavalle.

El movimiento hacia los reclamantes por parte de la policía obedeció a una estrategia de “pinzas”: luego de la primera embestida la infantería atacó continuamente a los manifestantes, que retrocedían por la calle Lavalle, desde las calles Otero y Necochea, paralelas a Lavalle, evitando de esta manera la concentración de éstos.

Luego del inicio de las operaciones represivas por parte la policía, se dio lugar a una serie de combates callejeros entre los manifestantes y las fuerzas policiales. La contienda se sostuvo a partir de una dinámica de avances y retrocesos entre las dos fuerzas.

En este movimiento de repliegue los trabajadores establecieron, entre otras, una barricada en la salida del puente Lavalle sobre la calle Hipólito Yrigoyen, del otro lado del casco céntrico. “En este lugar, ya del otro lado del río, los grupos armaron grandes barricadas, utilizando las chapas y maderas de los quioscos que existen en el lugar.”²⁴

Durante horas las operaciones se concentraron en este punto; luego, de acuerdo al desarrollo de la contienda, los frentes se fueron moviendo hasta que las fuerzas

policiales asumieron el dominio territorial de la zona. La estrategia de los manifestantes se fundó en las características de la ciudad, tanto en la topografía de ésta como en sus vías de circulación, en parte, determinadas a su vez por las características del terreno.

La ciudad de San Salvador de Jujuy se asienta sobre un terreno profundamente accidentado; algunas de las particularidades que éste presenta en su configuración superficial son: la atraviesan dos ríos que “encierran” el centro de la ciudad y que posteriormente se unen, y presenta un relieve con numerosos altibajos. El tránsito entre las orillas, el centro por un lado y los barrios por los otros dos, se realiza mediante puentes de hormigón, aunque hasta hace unas décadas predominaban las pasarelas peatonales y los badenes, para el tránsito vehicular. Sobre el río Xibi Xibi, o Chico, a la altura del centro de la ciudad, se encuentra tendido el puente Lavalle, que conecta las calles Dorrego y Lavalle; este puente, en 1971, fue el único paso a esa altura que conectaba ambas márgenes. Sobre la calle Dorrego se encontraba la Terminal de colectivos de la ciudad; enfrente a la terminal y en dirección opuesta al centro, el terreno se eleva bruscamente. A esta altura el único acceso a este sector, en el cual se emplaza el barrio Mariano Moreno, es Horacio Guzmán, la continuación de las arterias Lavalle-Dorrego.

Cuando los manifestantes huyeron sólo pudieron hacerlo hacia el puente Lavalle. La dirección que los manifestantes tomaron es muy evidente: sobre las dos calles paralelas la policía disparaba gases lacrimógenos. Dado que no había otros puentes en las cercanías que conecten ambos lados de la ciudad, la salida se centraba en ese paso. Lo mismo sucedió cuando los manifestantes se trasladaron al barrio Mariano Moreno, cuando la policía recuperó la terminal: éstos se apostaron sobre el único acceso al barrio.

El piquete sobre el puente Lavalle impidió que la policía accediera al otro lado del río; este otro sector, el de la terminal, prorrumpió como un área liberada. Sobre la autonomía de este territorio no operaron principios estructuradores que organizaran el conjunto de las acciones de protesta. Sobre este espacio se imprimió una serie dispersa de prácticas entre las cuales se encontraron: el enfrentamiento con la policía, asambleas y numerosos ataques contra las instalaciones comerciales. Las crónicas señalan que los manifestantes provocaron numerosos destrozos, entre ellos, saqueos a los comercios y ataques a la terminal de colectivos y el rompimiento de las fuentes de iluminación, que dejaron la zona a oscuras. Los dirigentes sindicales intentaron organizar asambleas, pero

éstos fueron desoídos por los manifestantes, lo que impidió la coordinación de las acciones de protesta.

De acuerdo a las fuentes los participantes del jujeñazo pueden agruparse de esta manera: trabajadores, militantes de izquierda, estudiantes de las escuelas secundarias nocturnas y participantes varios, entre los cuales se pueden consignar a sujetos que se incorporaron a la protesta posteriormente y jóvenes que efectuaron activamente los saqueos.²⁵ A las diferentes agrupaciones gremiales se le unieron entonces otros participantes que no estaban nucleados en torno a éstas. Este colectivo disperso se formó y enfrentó a las fuerzas policiales, y provocó los destrozos y saqueos. Entendemos que los principios organizadores de este agrupamiento, que diferenciaban a los manifestantes del gobierno, fueron: por un lado, fundamentos de índole económica y política, la carestía y la protesta que sostenía demandas políticas; por otro lado, la oportunidad. La situación económica y las prácticas políticas ya habían estrechado lazos solidarios entre los trabajadores en el ámbito de latencia, por lo que las acciones de protesta fueron, como se afirma anteriormente, la instauración de canales comunicacionales que se multiplicaron en la medida que se agregaban a la protesta participantes cuyas demandas se articulaban con las de los trabajadores convocados. Por el otro lado, se agruparon al espacio liberado sujetos que sin articularse específicamente con las demandas aprovecharon la oportunidad, para lo que fuese.

Los grupos en pugna durante la confrontación se movilizaron de acuerdo a dos lógicas diferentes:

Llamo “estrategia” al cálculo de relaciones de fuerzas que se vuelve posible a partir del momento en que un sujeto de voluntad y de poder es susceptible de aislarse en un “ambiente”. La estrategia postula un lugar susceptible de circunscribirse como lugar *propio* y luego servir de base a un manejo de sus relaciones con una exterioridad distinta (...) ²⁶

La policía operó de acuerdo a un plan de represión sistemático, sostenido en el trabajo de inteligencia, el armamento –gases lacrimógenos y armas de fuego–, la logística –el sistema de comunicaciones y transporte–, la distribución de los efectivos en el espacio urbano y la cadena de mandos. Fundamentalmente, la policía se ubicó en las terrazas de

algunas viviendas, desde las cuales en conjunto se podía dominar mediante la mirada el espacio de la contienda.

La dirección de la estrategia policial se desdobló: las órdenes se enviaron desde el poder ejecutivo y fueron administradas en el campo de batalla por los oficiales y suboficiales a cargo del operativo. La organización de los procedimientos represivos se inscribió sobre la ciudad como un proceso ligado a la administración de la racionalidad burocrática de la policía.

El repartimiento de las fuerzas policiales en diferentes áreas de la ciudad favoreció la apropiación del espacio antes que los manifestantes intentaran ingresar al centro. Además, se encontraron acuartelados y listos para intervenir más efectivos. Durante la contienda, las fuerzas se movilizaron y redistribuyeron de acuerdo al desarrollo de los focos de combate; los desplazamientos de la infantería fueron acompañados por comunicaciones radiales y por el suministro de municiones, que eventualmente se agotaban. Finalmente, la policía tendió a organizar el conjunto de los movimientos, no sólo la planificación de la estrategia general, sino además las “coreografías” mediante las cuales los efectivos se enfrentaban a los manifestantes, esto es, las alineaciones y disposiciones de los policías en los escuadrones de combate.

Llamo “táctica” a un cálculo que no puede contar con un lugar propio, ni por tanto con una frontera que distinga al otro como una totalidad visible (...) Sin cesar, el débil debe sacar provecho de fuerzas que le resultan ajenas (...) Su síntesis intelectual tiene como forma no un discurso, sino la decisión misma, acto y manera de “aprovechar” la ocasión.²⁷

Por otro lado, los manifestantes intervinieron sin mecanismos estructuradores verticalistas; los dispositivos reguladores partidistas y orgánicos fueron desplazados por la explotación de las grietas del mecanismo represivo policial. Dado que la represión funcionó orientada a desarticular los focos de protesta, el establecimiento de piquetes se organizó a lo largo de centro fundamentalmente en las áreas sin mucha actividad policial.

La relación entre los recursos materiales que disponían ambos sectores fue sumamente desigual, especialmente en términos de pertrechos; ante el sistemático avance de la infantería, los manifestantes se movieron entre la táctica de las barricadas, para detener

a los policías, y el apedreamiento, para retrasarlos. Principalmente, los manifestantes organizaron sus fuerzas a partir de la topografía del terreno de la ciudad y de las vías de comunicación sobre ésta.

Sin embargo, sobre la ciudad se inscribieron mecanismos de contienda que potenciaron la alteración en el juego de tácticas y estrategias. Los acontecimientos se desarrollaron en las siguientes secuencias de acuerdo a los grupos: táctica-estrategia-táctica, en el caso de los manifestantes, o a la inversa, estrategia-táctica-estrategia, en el caso de las fuerzas policiales. Este recorrido se generó en la medida que los manifestantes tomaron la zona de la terminal de micros, estableciendo un dominio territorial, y se reinvertió a partir de la ocupación por la policía. Lo que promovió el retorno a las estrategias o las tácticas, de acuerdo a los casos, fue, nuevamente, la desproporción entre el potencial protestativo de los manifestantes y los medios represivos disponibles por las fuerzas de seguridad.

Luego de horas de contienda las fuerzas policiales recuperaron el control sobre este territorio. ¿Qué implicó la ocupación militar de la ciudad? Primero, la recuperación por parte de la policía del espacio tomado por los manifestantes conllevó la supresión de los canales comunicacionales instaurados por los manifestantes, la reinstauración del orden sobre el espacio público, la actualización de la prohibición de las actividades políticas en el espacio público; el dominio territorial sobre el espacio urbano implicó en fin el sostenimiento forzado de la dominación política. La llegada de fuerzas semi-militarizadas y militarizadas a la ciudad obedeció a reforzar el cierre sobre la actividad política pública.

La represión de la policía, que arrojó como resultado más de medio centenar de detenidos, continuó luego de clausurar los focos de resistencia: a los dirigentes sindicales detenidos se le agregaron pedidos de captura de otros líderes, como parte de la política del gobierno de la dictadura militar.

BIBLIOGRAFÍA

Auyero, Javier, La protesta. Retratos de la beligerancia popular en la Argentina democrática, Libros del Rojas, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires, 2002.

Bourdieu, Pierre, “La delegación y el fetichismo político” en Cosas dichas, Barcelona, Gedisa, 1996.

Certeau, Michel de, La invención de lo cotidiano I. Artes de Hacer, Universidad Iberoamericana, México, 1996.

Fleitas, María y Kindgard, Adriana, “Entre la legalidad y la proscripción. Políticas públicas y lucha obrera en Jujuy” Lagos, Marcelo y Teruel Ana, Jujuy en la historia. De la colonia al siglo XX, Ediunju, San Salvador de Jujuy, 2006.

Foucault, Michel, Arqueología del saber, Siglo XXI, Buenos Aires, 2002.

García Vargas, Alejandra, "Acción colectiva, visibilidad y espacio público en la construcción de la ciudadanía / Los cortes de puentes de mayo del 97 en San Salvador de Jujuy", en Revista Latina de Comunicación Social, número 35, de noviembre de 2000 [extra "La comunicación social en Argentina"], La Laguna (Tenerife), en la siguiente dirección electrónica (URL):

<http://www.ull.es/publicaciones/latina/argentina2000/13gvargas.htm>

Giarraca, Norma y Bidaseca, Karina, Introducción a Giarraca, Norma y otros, La protesta social en la Argentina. Transformaciones económicas y crisis social en el interior del país, Alianza, Buenos Aires, 2001.

Giarraca, Norma y Gras, Carla, “Conflictos y protestas en la Argentina de finales del siglo XX”. En Giarraca, Norma y otros, La protesta social en la Argentina. Transformaciones económicas y crisis social en el interior del país, Alianza, Buenos Aires, 2001.

Gómez, Elizabeth y Kindgard, Federico, “Trabajo, desocupación y movimiento obrero” en Lagos, Marcelo y Teruel Ana, Jujuy en la historia. De la colonia al siglo XX, Ediunju, San Salvador de Jujuy, 2006.

Gramsci, Antonio, La política y el Estado moderno, Planeta-Agostini, Barcelona, 1985.

Gualdoni, Viviana, “Acción colectiva, ciudadanía y espacio público”, noviembre de 2002, en la siguiente dirección electrónica:

http://www.nombrefalso.com.ar/papeles/gualdoni_accion.html

Laclau, Ernesto y Mouffe, Chantal, Hegemonía y estrategia socialista. Hacia una radicalización de la democracia, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2004.

Mouffe, Chantal, “Hegemonía e ideología en Gramsci” en Revista Arte, Sociedad, Ideología, N° 5, México, 1978.

Rock, David, Argentina 1516-1987. Desde la colonización española hasta Raúl Alfonsín, Alianza, Buenos Aires, 1994.

Svampa, Maristella, (Comp.) "Identidades astilladas. De la patria metalúrgica al heavy metal" en Desde abajo. La transformación de las identidades sociales, Biblos, Buenos Aires, 2000.

Williams, Raymond, Marxismo y literatura, Ediciones Península, Barcelona, 1997.

NOTAS

¹ Esta ponencia se enmarca en el Proyecto SECTER / UNJu 08/C144 "San Salvador de Jujuy como texto: imágenes y relatos de la ciudad".

² Fleitas, María y Kindgard, Adriana, "Entre la legalidad y la proscripción. Políticas públicas y lucha obrera en Jujuy" Lagos, Marcelo y Teruel Ana, Jujuy en la historia. De la colonia al siglo XX, Ediunju, San Salvador de Jujuy, 2006, pág. 229.

³ Rock, David, Argentina 1516-1987. Desde la colonización española hasta Raúl Alfonsín, Alianza, Buenos Aires, 1994, pág. 429.

⁴ Rock, *ibídem*.

⁵ Diario Pregón, San Salvador de Jujuy, 2 de abril de 1971.

⁶ Diario Pregón, San Salvador de Jujuy, 2 de abril de 1971.

⁷ De acuerdo a Javier Auyero, el campo de la protesta se define como "el ensamble de mecanismos y procesos que se hallan en la raíz de la formulación de reclamos colectivos"; esto es, la mediación entre las "fuerzas globales y las 'explosiones locales'". Auyero, Javier, La protesta. Retratos de la beligerancia popular en la Argentina democrática, Libros del Rojas, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires, 2002, pág. 15.

⁸ Gómez, Elizabeth y Kindgard, Federico, "Trabajo, desocupación y movimiento obrero" en Lagos, Marcelo y Teruel Ana, Jujuy en la historia. De la colonia al siglo XX, Ediunju, San Salvador de Jujuy, 2006, pág. 534.

⁹ Gómez y Kindgard, *op. cit.*, pág. 535.

¹⁰ Giarraca, Norma y Bidaseca, Karina, Introducción a Giarraca, Norma y otros, La protesta social en la Argentina. Transformaciones económicas y crisis social en el interior del país, Alianza, Buenos Aires, 2001, pág. 21.

¹¹ Giarraca y Bidaseca, *ibídem*.

¹² Giarraca y Bidaseca, *ibídem*.

¹³ Gómez y Kindgard, *op. cit.* y Fleitas y Kindgard, *op. cit.*

¹⁴ Rock, *op. cit.*, pág. 431.

¹⁵ Fleitas y Kindgard, *op. cit.*, pág. 233.

¹⁶ Fleitas y Kindgard, *op. cit.*, pág. 232.

¹⁷ Fleitas y Kindgard, *ibídem*.

¹⁸ Certeau, Michel de, La invención de lo cotidiano I. Artes de Hacer, Universidad Iberoamericana, México, 1996, pág. 106.

¹⁹ Schuster, Federico y Pereyra, Sebastián, “La protesta social en la Argentina democrática. Balance y perspectivas de una forma de acción política.” En Giarraca, Norma y otros, op. cit., pág. 47.

²⁰ Francisco Naishtat define el “espacio público” como un campo polifónico “en el cual se despliegan disputas hegemónicas y contrahegemónicas de discursos y sentidos”. Citado en Giarraca y Bidaseca, op. cit. Giarraca y Bidaseca sostienen que la propuesta de Naishtat se diferencia de la de Hannah Arendt porque ésta última, de acuerdo a las autoras, concibe el espacio público como un campo libre de antagonismos. Giarraca y Bidaseca, op. cit. pág. 28. Sin embargo, la propuesta arendtiana sobre el espacio público se basa en las diferencias entre los sujetos y en lo agonial en torno a estas distinciones. Ver sobre las implicaciones de la categoría de “espacio público” en Arendt: García, Vargas, Alejandra, "Acción colectiva, visibilidad y espacio público en la construcción de la ciudadanía / Los cortes de puentes de mayo del 97 en San Salvador de Jujuy", en Revista Latina de Comunicación Social, número 35, de noviembre de 2000 [extra "La comunicación social en Argentina"], La Laguna (Tenerife), en la siguiente dirección electrónica (URL):

<http://www.ull.es/publicaciones/latina/argentina2000/13gvargas.htm>

²¹ Las fuentes mediante las cuales se reconstruye este acontecimiento son: Diario Pregón, San Salvador de Jujuy, 22, 23, 24 y 25 de abril de 1971. Hemeroteca de la Biblioteca Popular de Jujuy (HBPJ), y diversas entrevistas a participantes y testigos de los hechos. Ver además: Gómez y Kindgard, op. cit. y Fleitas y Kindgard, op. cit.

²² Fleitas y Kindgard, op. cit., pág. 232.

²³ Diario Pregón, San Salvador de Jujuy, 22 de abril de 1971.

²⁴ Diario Pregón, San Salvador de Jujuy, 22 de abril de 1971.

²⁵ Entrevista a un informante.

²⁶ Certeau, Michel de, op. cit., pág. XLIX-L.

²⁷ Certeau, Michel de, ibídem.